

A lo largo de todo su ministerio público, Jesús exhibió una obvia afición por las montañas de Palestina. A menudo con sus discípulos detrás de él, escalaban repetidas veces sus cuestas y descansaban en el tope de sus cumbres. Estas no son las rústicas y majestuosas montañas de los *'Alpes'* o la cordillera *'Rocky Mountain'*, sin embargo, estas cimas bajas y áridas de estas montañas en Israel todavía poseen una belleza impresionante.

El amor de Jesús por las cimas de Palestina se centra mucho más que en su atractivo natural. Jesús se acerca a estas colinas por la misma razón que lo hicieron Abraham, Moisés, David y Elías. Sus cumbres son santas. En estas favoritas alturas, el Padre de la creación eligió reunir a su pueblo disperso, para recibir sus oraciones y sacrificios, y para revelarles su sabiduría y amorosa providencia. Para los israelitas, estas cimas fueron testigos de la obra salvadora del Señor, que les recuerda su propia elección por Dios. Jesús mismo usa la cima de una montaña para inaugurar su misión, enmarcando los valores del Reino que él ha venido a introducir en las Bienaventuranzas. La fiesta de hoy celebra otra ocasión, en anticipo a su inminente muerte, y nuestro Señor escoge el Monte Tabor (que más tarde, en este mismo monte, es la escena de Jesús resucitado regresando al Padre en la gloriosa Ascensión) para revelar su divinidad y ofrecer consuelo a su Discípulos. En su Transfiguración, Jesús agrega el Monte Tabora un rango más alto de las cimas sagradas de Israel, que sólo es superado por el Monte Calvario.

Para Pedro, Santiago y Juan, el misterio de la Transfiguración marca el paso final en su formación de apóstoles de Jesús. Ellos fueron elegidos por Jesús para ser testigos del horror de su cruz, pero además ellos requerían una última lección de gracia antes de confrontar este terror. En el monte de la Transfiguración, en su camino a Jerusalén, Jesús fortalece a estos hombres para que puedan endurecer su pasión, ofreciéndoles una mirada profunda a la gracia de la encarnación, y a la unión de la naturaleza divina y humana en él. En el monte Tabor, Jesús les reveló la gloria de su divinidad al permitirse brillar por un instante a través de su humanidad transfigurada. En una gloria hasta ahora no vista por los discípulos, y todo cambia alrededor de ellos. Sin dejar este mundo, ellos están envueltos en la vida del mundo por venir. En la transfigurada gloria de Jesús, a los discípulos se les dio una vislumbre de la meta final cuando se pone la fe en él, el de abandonar todo por el amor a Jesús, el de seguir a Jesús como sus discípulos, y que los llevará—también— a su destino de ser transfigurados, divinizados, en una vida resucitada que nunca terminará, en unión con Dios.

Sabemos que, a pesar de todo lo que ellos habían visto en la montaña santa, Pedro y Santiago al final en el momento de crisis de la pasión de Jesús subiendo al *Monte del Calvario* y a su cruz, ellos abandonan a Jesús y cualquier asociación con él: en el caso de Pedro en forma verbal y física; Santiago junto con los otros discípulos solo en forma física; sólo Juan, por tradición, permaneció bajo la cruz con la madre de Jesús, María. Sin embargo, en la noche del día de Pascua, Pedro, Santiago y los otros discípulos llegarían a conocer lo que Juan ya conocía y había recibido, el poder desbordante del perdón de Dios que fue revelado en la cruz y resurrección de Jesús, aún en medio de su traición pecaminosa.

La celebración de hoy de la Transfiguración de Jesús es una ocasión para nosotros, también, para ser renovados y fortalecidos en nuestra fe. Estos "días de perro" ("*dog days*" *los más calurosos días en Agosto*) de Agosto, que a veces, con su calor opresivo agota la fuerza en nosotros, y esto también nos recuerda de los "días de perro" de nuestro viaje de fe con Jesús. Nosotros también estamos frente al "calor" de nuestras luchas personales— físicas, emocionales, espirituales, el peso de nuestros pecados pasados y/o presentes, las presiones del mundo para conformarnos a sus modos de vida, y podemos sentirnos "agotados", y tentados de abandonar el camino del discipulado, de nuestra participación cotidiana al asumir la cruz de Jesús, de ver ante nosotros solo el sufrimiento, la oscuridad y la muerte.

La celebración de hoy, como lo sintieron los discípulos en el Monte Tabor, es una vislumbre de la meta de nuestra fe, la gloria final, la eterna vida resucitada con Dios a través de Jesús. Nuestras vidas, nuestros cuerpos lavados en las aguas del Bautismo, ungidos con el Aceite "*Crisma*" para recibir el sello del Espíritu Santo en la Confirmación, y alimentados y fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de Jesús en la Sagrada Eucaristía— nosotros estamos destinados a ser transfigurados. También nosotros quienes llevamos el nombre y la marca de ser Cristianos somos obras en progreso, estamos siendo recreados y transfigurados en Cristo en medio de nuestras debilidades y pecados en la medida que cooperamos con Su gracia. En este día de Fiesta estamos invitados con Pedro, Santiago y Juan a considerar si la verdad la cual ha sido revelada y si está siendo abrazada y experimentada en nuestra vida cotidiana.

Padre Jim Secora